

LA DISCIPLINA (INDUCIDA O ESPONTANEA)

Como sentimiento bastante generalizado, el antimilitarismo montará de los periodos de tiempo dilatados entre grandes conflictos humanos, ya casi tiene categoría de constante histórica. La corriente de pensamiento que provoca, con la que nos sentimos por razones obvias en total desacuerdo, no por esperada se manifiesta menos perniciosamente influyente. Ello sería fácilmente asumible si se acepta el juego de la Historia en la que las fuerzas armadas hacen el papel de peones en el tablero cuadrículado de la Geopolítica, es decir, son el recurso de quienes pretenden aniquilar con más seguridad al enemigo, a pesar de su limitada progresión. Constituyen alternativa de los instrumentos de la alta política, con los que se aspira a dar "jaque mate" al adversario con más celeridad. Generalizando, se podría decir que el antimilitarismo es una de las reglas del juego del devenir de una sociedad que, en el mejor de los casos, dormita; pero dormita con un sueño inquieto, lleno de presagios poco tranquilizadores. He ahí la gran paradoja: el antimilitarismo, como sentimiento, convive con unas fuerzas armadas, institución permanente y reconocidamente necesaria en los estados modernos. Y existirían razones consistentes para justificar el talante pacifista de los periodos entre conflictos de alta intensidad. La historia, la ciencia y otras ramas del saber humano no admiten con facilidad que "el hombre sea un lobo para el hombre". Aunque la paz sea una quimera, la humanidad aspira a ella por encima de una realidad reveladora de lo contrario. Ahora bien, la persistente manifestación en algunos medios de comunicación de un sentimiento tan hostil como el rampante antimilitarismo, subsumido en la postmodernidad, conduce a la generalización del mismo desde interpretaciones sesgadas en las que la verdad queda bastante malparada. Es decir, un estilo de vida sustentado en pilares conceptuales, inamovibles a través del tiempo, como la disciplina, y que confieren e identifican la naturaleza propia de las organizaciones castrenses, se cuestio-

na en perjuicio de la necesaria y exigida funcionalidad. En la manifestación normativa de la disciplina, habría que remontarse al Fuero Juzgo, la Lex Visigótora, la segunda de las Partidas de Alfonso X El Sabio, las pretensiones regeneracionistas de los ejércitos de Felipe IV tras la paz de Westfalia, la gran preocupación de los primeros Borbones desde Felipe V a Carlos III y los sucesores hasta nuestro soberano.

La disciplina es consubstancial con la profesión de las armas. No es necesariamente violencia ni mucho menos ejercicio despótico de la autoridad. La disciplina es un conjunto de reglas, expresas o intuitivas, dictadas para mantener el orden y la subordinación entre los miembros de una corporación, con una finalidad: hacer posible el gobierno interior y su proyección exterior para ejecutar el cometido que justifica su existencia. Pero su contenido no se agota con lo antedicho. El concepto encierra muchas facetas, entre las que destaca la instrucción de la persona, especialmente en lo que concierne a la propia convicción de su necesidad en un esfuerzo compartido con espíritu integrador.

En el proceso de razonamiento que seguimos para elaborar estas notas (contribución mínima de quien ha vivido la disciplina como norma y ha tratado de documentar su "corpus" teórico desde fuentes de información dispersas, heterogéneas y actuales), se trata de "disecionar" una de las virtudes - si es que se puede llamar así - que han configurado institucionalmente a las fuerzas armadas.

Aunque se afirma con reiteración que la disciplina es consubstancial con la profesión de las armas, no se puede acotar el concepto en los estrechos límites de la dinámica de los ejércitos. Genéricamente considerada, se precisa en cuantos grupos armónicos se forman para alcanzar un objetivo. Quizá podamos matizar apuntando que existe una disciplina operante que orienta la trayectoria del grupo en el plano funcional o también interpretar esta figura como un ejercicio de reflexión y de introspección corporativa so-



Luis Ortiz Velarde
General de Aviación

bre los valores esenciales que cohesionan a la profesión de las armas. Y en este paulatino "desgranar" los elementos del concepto, ya se nos apunta una primera delimitación: es un conjunto de reglas para mantener el orden y la subordinación de un cuerpo orgánico; y además es la cualidad de los miembros componentes de dicho cuerpo, que mide la aceptación o voluntariedad para aportar sus capacidades en los cometidos de la entidad.

Si tratamos de perfilar lo antedicho para vertebrar el concepto y no abandonarlo en una generalización más o menos inconclusa y escasamente determinante, podríamos establecer - por supuesto, desde un punto de vista personal - dos modalidades de la disciplina: de aceptación espontánea y de ejercicio inducido. Ambas variantes se justifican con argumentos retóricos en el ejercicio intelectual de considerarlas diferenciadas en su dinámica, aunque, como tratamos de analizar, se interaccionan modificando el grado de voluntariedad de su aceptación. La disciplina es una, por supuesto, pero su operancia se altera con factores en los que interviene la formación del líder, la entidad del cometido de la organización, la necesidad de ésta, el talante emocional de quienes la ejercen y, concretándonos a la profesión de las armas, ese fenómeno latente, cambiante, estimulante en cuanto potencia el protagonismo, y negativo por diferenciador, que se ha dado en llamar "espíritu de cuerpo".

Vamos a razonar, en adelante, con la referencia de la disciplina militar, que es la que profesionalmente ha vivido quien esto escribe, y, sin intenciones disgregadoras o particularistas, con preferencia mental de las relaciones disciplinarias de las fuerzas aéreas, que, sin duda, el transcurso del tiempo y nuevas coordenadas de la Geopolítica han modificado. Quizá lo que se escribe tenga reflejo en el nuevo estilo de las fuerzas armadas. En todo caso, recoge el pensamiento de un veterano.

José F. Clemente Esquerdo



La disciplina que hemos dado en llamar "de ejercicio inducido", para su justificación y desarrollo, requiere un análisis de quién la promueve, partiendo del argumento excluyente de que quién la ha de ejercer, en principio, no aporta voluntariedad ninguna. El hombre, primariamente, es anárquico y busca cauces de libertad que le liberen de todo sometimiento a un orden. Por ello, la "auctoritas" del jefe, líder, comandante o "cabeza" del ente orgánico es determinante en cuanto al mantenimiento de la disciplina. Es necesario hablar del jefe.

Nos asomamos al poema de Mío Cid. Por alguna razón matizada con elementos históricos, geográficos, emocionales, de fidelidad a la jerarquía, de sobriedad castrense, etc., Rui Díaz de Vivar es

quizá la primera referencia, por encima de la mística que pudiera suscitar el mito, a la hora de perfilar o establecer las coordenadas de la disciplina:

"... De las sus bocas todos dician una razón: ¡Dios, qué buen vasallo! ¡Si oviesse buen señor!"

De una de las "cimas" de la épica medieval y obra básica de la cultura española, a través de su texto se deduce la Influencia del que manda en el talante cooperativo de quien obedece. Si Mío Cid Rui Díaz cabalgó al destierro con la animosidad de Alfonso VI, su señor, y aportó nuevos horizontes a los esteparios y deprimidos de Castilla, qué buen vasallo hubiese sido si su soberano hubiese valorado justamente la lealtad a la Corona que testimoniaría la exigencia del juramento de Santa Gadea. A pesar del destierro, El Cid fue un vasallo leal.

Es muy cierto que la pretensión de dominio es una característica de la condición humana. Pero quien detenta el poder, desde un origen carismático, legal o legitimado por el entorno humano en su aceptación, puede ejercerlo bajo exigencias de sumisión o con espíritu cooperativo, con reciprocidad. Así como aquel modo de ejercer el poder aliena, éste estimula el voluntarismo de los componentes del ente orgánico. El primer sistema, en el mejor de los casos, se hace patriarcal si no se traduce o evoluciona hacia posiciones de coacción violenta. Esto último conduce al sometimiento del mandado, disminuyendo sus alternativas o, lo que es lo mismo, sus límites de autonomía dentro de las más o menos estrictas normas de la organización. Alguien dijo que "la autonomía no es un estado; es la capacidad latente de saber gestionar las dependencias; por ello, no hay autonomía sin dependencia", lo cual, en principio, parece una antinomia. El poder ejercido con coacción aumenta las posibilidades de quien lo detenta.

Históricamente, con las nuevas ideas de la modernidad se pasó a admitir que, sobre el régimen de derechos basado en la condición de varón, padre, propietario, noble, autoridad, etc., primaba el hecho de ser persona. Por estas fechas, parece que se está elaborando un proyecto de decálogo que recoge los principios sobre los que el mando militar se ha de sustentar en un próximo futuro. Llama la atención en el mismo el primer principio del decálogo: Respeto a la dignidad humana.

Lo últimamente escrito exige una justificación si no se quiere dejar su contenido en una simple declaración.

La era postmoderna puso en entredicho la idea de poder. Según el sociólogo Max Weber, "el poder suponía la capacidad de uno o varios hombres para realizar su propia voluntad, a pesar de la resistencia de otros que también participan en la acción". Se ha afirmado que no hay poder sin dominio, sin coacción, sin víctimas. El poder, según Galbraith, puede ser coercitivo si se apoya en la amenaza y el castigo; compensatorio, si concede premios; y condicionante, si actúa modificando las creencias. En todo caso, el poder limita la gama de alternativas del subordinado; no

necesariamente doblega su voluntad, en ocasiones, se limita a neutralizarla. Se podría afirmar que en el ejercicio del poder concurren, en mayor o menor medida, circunstancias modificantes que alteran los modelos teóricos articulados por los analistas del concepto. El poder, en resumen, se puede interpretar como capacidad personal para hacer algo, es decir, como facultad creadora y autónoma; o bien, como potestad para exigir que los otros hagan algo.

Tras las reflexiones anteriormente expuestas en torno a los perfiles del poder como elemento condicionante de la disciplina, se impone la necesidad de analizar las circunstancias que han modificado las pautas de comportamiento colectivo de su verdadero intérprete: el subordinado.

La obediencia encorsetada, irracional, que confiere al jefe la más absoluta potestad para decidir, que prima el objetivo por encima de la dignidad humana, ha sufrido, como concepto, un largo proceso de revisión. Ha conducido a la noción de la obediencia debida, figura de contusos perfiles que aleja la idea del mando desde la motivación del poder a su ejercicio desde la autoridad. ¿Qué se quiere decir?

Se ha despersonalizado el mando para racionalizar su ejercicio en el respeto a la dignidad humana, lo que no quiere decir que no existan desviaciones a un talante de comportamiento que se va imponiendo como principio: el mando participativo.

Quizá haya habido momentos en el devenir de los tiempos que han incidido en la nueva formulación de conceptos ampliamente legitimados por la evolución de la vida. En este sentido, pensamos que la década de los sesenta modificó sustancialmente la idea tradicional de disciplina que ya venía cuestionándose, en realidad, desde la Ilustración.

La disciplina tradicional, que históricamente tuvo un contenido de formulación intuitiva más que de construcción o elaboración teórica, sufrió una alteración conceptual importante - nos reiteramos - durante los años



sesenta. La victoria de los aliados en la II Guerra Mundial propició un clima de prosperidad en un mundo devastado por la contienda, vía Plan Marshall y vertebración política de los estados con la mística de la democracia. Esto fue así en el llamado mundo occidental. Pero se considera que la década de los sesenta fue un verdadero "turning point" en el devenir de la humanidad. Sobre la opulencia creciente de Occidente planeó lo que, en términos hegelianos, se conoce como el "duendecillo irónico que mueve los hilos de la Historia". Frente a la sociedad industrializada (era de la

sa, instalados en el bienestar y la tranquilidad del futuro despejado, en una Francia donde el carisma del General De Gaulle garantizaba crecimiento sostenido con estabilidad, dentro del pluralismo ideológico, pedían otro tipo de presupuestos sociológicos. Paralelamente, las ideas de Herbert Marcuse alteraban vivamente el nuevo "status" emocional del mundo occidental, nacido tras la II Guerra Mundial. El mes de mayo de 1968, la generación de la postguerra se aburría en el orden; rechazaba el talante rigidamente jerarquizado de las instituciones que trataban de configurar el nuevo

orden mundial. El espíritu colectivo de la juventud burguesa de mayo del sesenta y ocho "coqueteaba" con una cierta acracia, bastante difícil de entender. Los futuros dirigentes del entramado capitalista galo se daban la mano con los obreros de la cadena de producción de la Renault en las manifestaciones del Mayo Francés. La excelencia intelectual de Nanterre y la Sorbona buscaba el apoyo torpemente sentimental de la fuerza de trabajo para pedir: "... prohibido prohibir ...", "... la imaginación al poder ...", "... debajo de los adoquines la arena de la playa ..." y otras "perlas" elocuentes de la dialéctica propia de la corriente de rebeldía que brotaba en la juventud emergente del país vecino.

Quizá el fenómeno que expresaba semejante contrasentido haya que buscarlo, no en razones derivadas de un pacifismo pendular como reacción a lo que la humanidad

vivió con la II Guerra Mundial, sino en lo que cierto pensador contemporáneo decía de las obligaciones de las distintas etapas de la vida: en la niñez, la obediencia; en la juventud, la rebeldía; en la madurez, la austeridad; y en la vejez, la adaptación. Se interpreta que el sentimiento de rebeldía de una generación que, en coherencia con la lógica, debiera haber asumido las lecciones de la reciente catástrofe, respondió a lo que las más elementales razones sociológicas y especulativas esperaban de ella.

La disciplina, en el concepto tradicional, tenía que resentirse. Las colectividades, dirigidas o mandadas, empezaron a exigir una racionalidad en el



Jose F. Clemente Esquerro

energía barata) de Occidente, existían circunstancias que alteraban la normalidad. La ofensiva del Teht, el teniente de My Ly, los bombardeos de los B-52 a la jungla de Vietnam del Norte fueron sucesos de amplia repercusión negativa, dentro de la impopularidad de la campaña del S. E. asiático. Además, la muerte violenta del patriarca de los derechos humanos Martin Luther King; la Primavera de Praga; la apertura de la Universidad a la heterodoxia ideológica frente al orden establecido, etc., condujeron a lo que se llamó "utopía situacional" entre la juventud de la Sorbona, Nanterre y el teatro Odeón, puntos "nodales" de la rebelión generacional. Los estudiantes, hijos de la burguesía france-

mando, inducida por la aceptación previa de éste. Esta coyuntura condicionó en buena medida los procedimientos del estilo tradicional castrense.

El fenómeno del Mayo Francés no limitó sus efectos a las instituciones galas, incididas por la juventud estudiosa. En realidad, fue el detonante de una mentalidad modificada por el contraste de una sociedad en vías de la opulencia, coexistiendo con conflictos como la descolonización, la guerra fría, Vietnam, Argelia, los tanques de la Primavera de Praga, etc. No podemos olvidar otros movimientos que, aunque (se opina) no con la misma intensidad, intentaron influir en las nuevas coordenadas de la disciplina. Nos referimos a la rebelión estudiantil de la Plaza de las Tres Culturas en el Méjico de las olimpiadas y la protesta generalizada de la Universidad de Berkeley. La juventud occidental ponía en cuestión las verdades maniqueas que amparó la II Guerra Mundial.

Las fuerzas armadas, protagonistas de excepción de este periodo de los aledaños del medio siglo, consolidadas por una característica de rango sustancial, como la disciplina, tuvieron que modificar la virtualidad de ésta. Y surgieron las asociaciones e instituciones que amparaban la dignidad del subordinado a costa de la obediencia ciega que, bajo determinadas circunstancias, la convertían en instrumento deshumanizado de poderes mal ejercidos.

Sin embargo, no se puede ser ni absoluto ni excluyente en cuantas afirmaciones se vienen haciendo. Algunos cuerpos de élite, que necesitan una compacta cohesión y una unidad de pensamiento en la acción, mantienen entre sus componentes una disciplina espontánea, cuyo ejercicio convierte en conjunto perfectamente armónico una estructura orgánica fuertemente jerarquizada, donde la obediencia ciega y el mando absoluto son pilares funcionales. Habrá que preguntarse si esta interpretación de la disciplina tiene visos de ortodoxia o es una desviación a la tónica impuesta por el momento histórico, en el que parece primar la razón en armonía con los códigos oficializados. En cualquier caso, no se pueden olvidar, en su análisis, esas convicciones fuertemente arraigadas que justifican situaciones que trascienden a toda lógica. La disciplina operante en estos cuerpos de referencia, a pesar de su deshumanización, se ha manifestado empíricamente eficaz, aunque no resiste una crítica sociológica ponderada. Pensamos que donde se dan situaciones de obediencia ciega se configura el ámbito de la que entendemos como disciplina espontánea. La premisa de voluntariedad trasciende los límites de la razón y enfatiza la ética del jefe, autónomo en su disponibilidad operacional. A lo que esta idea encierra, se opuso el espíritu que nació en el Mayo Francés del sesenta y ocho y se extendió por todo el mundo occidental.

A medida que se profundiza más en el contenido y significado de la disciplina, se comprende mejor cómo la formación del jefe influye en el concepto con capacidad para evolucionar desde una discipli-

na inducida a otra con carácter espontáneo, en el sentido que hemos querido expresar.

No podríamos finalizar estos comentarios sin apuntar una coyuntura que se da con una cierta frecuencia, aunque de una manera residual. Y nos referimos a la falta de sintonía existente entre quienes acceden, libre y responsablemente, a organizaciones con estrictas normas de disciplina y rechazan mentalmente la filosofía del orden castrense. Adoptan una postura de rebeldía que termina "socavando" la funcionalidad y degradando el órgano, allá donde se dan.

Se podría hacer una relación inacabada de circunstancias que salpican la vida cotidiana y sobre las que caben las más variadas interpretaciones. Y no apelamos en absoluto a lo que ya hemos analizado, aunque sólo sea tangencialmente: "la relativización de las viejas reglas de la disciplina ética", que, a modo de liberación compensatoria, se ha generalizado entre quienes, directa o indirectamente, han sufrido las consecuencias de las catástrofes que, por su cronología vital, tuvieron que vivir; no rompieron su vinculación con el entorno, pero brotó en ellos un cierto "nihilismo" que rechazaba los valores castrenses. Nos queremos referir a quienes, integrados en el núcleo activo de las fuerzas armadas, ejercen un efecto disgregador con su resistencia u oposición al orden disciplinario castrense. Son elementos con una carga de frustración y con motivaciones soterradas de los más variados orígenes.

COMENTARIO

Se podría hacer un esquema un tanto simplista, como síntesis de lo antedicho. El estilo de mando (desde la autoridad o desde el poder) induce a la disciplina y, en su caso, la depura. En otro orden, el sentido de la obediencia con matiz vocacional o de servicio configura el ámbito de la disciplina espontánea. La memoria hace un recorrido por aquellas películas cuyos argumentos aceptan la aplicación de lo razonado. "El motín del Caine", "La tragedia de la Bounty", "Sublime decisión", etc., expresiones todas, con elocuente claridad, de lo que son la disciplina inducida y la disciplina espontánea. Quizá la lección más viva de todas ellas sea la miseria y grandeza de los comandantes en su forma de entender la disciplina.

Y sobre variantes, matices, alteraciones conceptuales, evolución del estilo castrense bajo el "paraguas" de la post-modernidad, etc., en el ánimo de quién, de la forma anteriormente expuesta se ha expresado, se rememoran, como notas del hombre clásico con el uniforme en naftalina, los versos de Calderón:

*"... Aquí la más principal
Hazaña es obedecer
Y el modo como ha de ser
Es ni pedir ni rehusar ...■"*